una nacion de bravos. Sois prisionero de estos estranjeros, y no os atreveis á confesarlo.» Concluyendo así este hombre tomó su arcó y lanzó una de sus flechas sobre el rey. Un mejicano, y millares de piedras y contra la desgraciada persona del beza en un brazo y una pierna, cayó antes que los Españoles encargados particulares de su custodia tuescudos. Fué incontinente llevado por los suyos á un apartamento. Los Mejicanos viéndole herido fueroa sobrecojidos de terror. Los remordimientos sucedieron al ultraje, y el dolor tomó el lugar de la venganza satisfecha; pero como esta piedad no era mas que por Motezuma, continuaron combatiendo con los Espanoles, hasta el estremo en que los jefes de la nobleza y Cortés entraron en conferencia, en el mismo sitio en que el desgraciado monarca habia sido derribado. En vano procuró Cortés seducirlos con promesas. Marchad al instante, le contestaron, huid lejos de un pueblo que os detesta, y á todos. Separáronse con la amenaza en la boca y el odio en el corazon.

Volviéronse à romper las hostilidades en todos los puntos. En la continuacion de tantas acciones sangrientas, las máquinas de Cortés fueron destruidas, algunos puentes tomados y vueltos á recobrar; la artillería hizo sus acostumbrados destrozos, y sin embargo la ventaja no quedó de parte de los Españoles. No pudieron estos ganar ni una pulgada de terreno. y se vieron obligados á entrar en sus cuarteles, perseguidos por los Mejicanos, que se apoderaron del gran templo vecino, y establecieron en su punto mas culminante. Quinientos nobles ocuparon tan formidable posicion á donde hicieron llevar víveres de toda especie, y una increible cantidad de piedras. Todos estaban armados de largas lanzas; y á su estremo pedazos de obvidiana mas anchos,

menos afinados, pero tan cortantes como el hierro de las lanzas de los Españoles. Preciso era sacarlos á toda costa de un punto que dominaba toda la fortaleza. Juan de Escobar terrible murmullo se l'evantó de las con un destacamento de soldados esmasas irritadas. Todo el pueblo re- cojidos fué encargado de este ataque, pitió las reconvenciones del audaz y aunque esta jente valiente estaba acostumbrada á vencer é hizo prodiflechas se dirijieron al mismo tiempo jios de valor, fué rechazada por tres veces. Considerando Cortés la impormonarca, el cual, herido en la ca- tancia de aquella posicion, no podia dejarla en poder del enemigo sin esponer su jente á ser toda destruida. Aunque herido de la mano izquierda viesen tiempo de cubrirlo con sus de resultas de un golpe recibido en uno de los ataques anteriores, hizo le atasen el escudo y seguido de una buena porcion de los suyos, subió las escaleras de la torre con una audacia de que hasta entónces no había dado tan brillante prueba. Derribó cuanto se le puso delante: su espada no descansaba un momento, y las de sus compañeros no andaban ociosas tampoco, pues tenian que combatir con la nobleza mas escojida; á hombres tan valientes como los suyos; y que ni daban ni pedian cuartel. Muchos Españoles fueron derribados subiendo al asalto, pero dice Cortés, « con la ayuda de Dios, de nuestro Señor Jesucristo, y de su madre la vírjen que ha jurado morir, ó esterminaros María, cuya imájen habia sido colocada en la torre, y no volvió á encontrarse, subimos y llegamos à combatir con los Indios cuerpo á cuerpo. Terrible fué esta pelea de muchos centenares de hombres sobre una plata-forma de sesenta piés de elevacion, y que no presentaba sino una superficie de algunas toesas cuadradas. Esta lucha duró tres horas. Los quinientos nobles fueron muertos ya por la espada ó ya precipitándose en los terrados inferiores, que preferian antes que rendirse. En esta batida, la mas encarnizada de cuantas se habian dado, los Mejicanos se defendieron con una union de que no habian dado ejemplo, y con un valor digno por cierto de mejor suerte. Perecieron cuarenta y seis Españoles, y casi todos los demás quedaron heridos. Mucho tiempo despues de la conquista, los Tlascaleños y Mejicanos conservaron en sus

El resultado de esta jornada no acobardó á los Mejicanos. Presentáronse en diversos puntos, y Cortés sin tomar un momento de reposo, se vió obligado á continuar el ataque en las calles que desembocaban á su palacio. Montado en su caballo de viva é incurable. Trastornábale la la mano derecha, fué personalmente á la grande calle de Tacuba, en dian desplegarse mas fácilmente. Seguido de algunos caballos, rompió al principio las masas cerradas, y abrió claros entre ellas. Cada lanzada era mortal en aquel inmenso fondo. Adelantado, no obstante mas de lo regular á impulso de su audacia, se vio separado de los suyos, y cortada su retirada, por el grueso de enemigos que huian delante de su infantería. Introducido en otra calle que creia mas libre, se presenta á su vista una nueva tropa de Mejicanos, arrastrando en medio de ellos á su mejor amigo Andrés de Duero, caido del caballo, hecho prisionero, y que conducian en triunfo al templo vecino para sacrificarlo. A tal encuentro la rabia de Cortés no conoció límite alguno. Redoblan sus fuerzas: arrójase en medio de la multitud, derriba á cuantos quieren detener su arrojo, desembaraza á su amigo, quien libre en sus movimientos saca su puñal, golpea cuanto se le aproxima, despeja el lugar, y llega á recobrar su caballo y su lanza. Estos dos bravos, estimulados recíprocamente, hicieron en los Mejicanos una espantosa carnicería. Ambos cubiertos de sangre y de polvo, se reunieron á su jente que tuvo harto que hacer para triunfar del enemigo. Cortés gustaba mucho de referir esta aventura, que consideraba como la mas feliz de su vida.

Mientras estas cosas sucedian, Motezuma guardaba cama moribundo entre los Españoles. Herido por aquellos que durante tanto tiempo le habian venerado como á un Dios, no podia resignarse á esta última degradacion de su infortunio. Aunque al- A veces se halla escrito Moctezoma y Moctezoma.

pinturas la memoria de este suceso. go graves sus heridas, no eran sin embargo mortales, y hubiera curado de ellas fácilmente, si hubiese podido dominar la ajitacion de su espíritu, si no hubiera aumentado su mal con los recuerdos de su marchita grandeza. Esta era su herida mas batalla, metido el brazo izquierdo razon la sola idea de que ya no era herido en las riendas, y la lanza en sino un objeto de desprecio y de aborrecimiento para con sus súbditos. En un acceso de desesperacion, donde la accion estaba mas empe- se arrancó todo el vendaje con que ñada, y en la que los Mejicanos po- habian cubierto sus heridas, y rehusó tomar el menor alimento. Pero bien pronto puso la muerte fin à tanto padecer. Espiró en 30 de junio de 1520, á los cincuenta y cuatro años de su edad, y diez y ocho de su reinado, del cual pasó siete meses prisionero de los Españoles (1).

Luego que el rey falleció, Cortés se apresuró de anunciar esta novedad al principe Cuitlahuatzin jeneral en jefe de los Mejicanos. Pocos momentos despues le hizo remesa del cuerpo del difunto que acompañaron seis nobles y muchos sacerdotes. A la vista de tan lúgubre obsequio el pueblo prorumpió en señales del mayor dolor, y los que trataban á Motezuma de cobarde algunos dias antes, elevaban entónces sus virtudes hasta los cielos, y no agotaban el manantial de sus eminentes cualidades. El cuerpo fué llevado en mitad de la

(i) Los historiadores Españoles varian sobre las causas y circunstancias de la muerte de Motezuma. Cortés y Gomara la atribuyen á una pedrada recibida en la cabeza: Solis á la terquedad de no dejarse curar: Bernal Diaz dice, que se dejó morir de hambre: Herrera asegura que sucumbió á una violenta pasion de ánimo: Sahagun y algunos historiadores mejicanos afirman que pereció á manos de los Españoles, suposicion inadmisible. Dejó muchos hijos, de los cuales murieron tres en la retirada de Cortés. El mas notable de los que sobrevivieron fué Yohualicahuatzin, ó D. Pedro Motezuma de donde descienden los condes de Motezuma v de Tula. Las dos casas nobles de Cano, y de Andrade Motezuma son orijinarias de una de las hijas de aquel desgraciado monarca. Los reyes de Castilla concedieron á su posteridad los previlejios mas latos, é inmensas posesiones en la Nucva-España. Haremos observar que el verdadero nombre de Motezuma era Moteuczoma, y mejor Mocthecuzoma.

plaza de Copalco, en donde estaba la hoguera. La nobleza, segun costumbre se presentó en aquel sitio á llorar, y luego se recojieron las cenizas dentro de una urna, y se enterraron con pompa. Nada se olvidó de las ceremonias acostumbradas en los funerales de los reves.

La muerte de Motezuma era el mas triste acontecimiento que pudiese sobrevenir á Cortés, en las graves circunstancias en que se hallaba empeñado; pues le quitaban toda esperanza de transaccion con los Mejicanos, y le privaban de un protector, y de un rehen precioso. Sus fuerzas ya no le permitian el emprender la conquista de una gran ciudad en la que el número de combatientes se aumentaba de hora en hora por los refuerzos de tropas frescas que iban llegando de las provincias. Su salvacion solo pendia de la retirada, y á ella se determinó: pero firmemente resuelto á volver con un ejército numeroso, so pretesto de vengar la muerte de Motezuma, queria que esta retirada diese todavía una alta idea de la superioridad de los Españoles. Tales eran sus provectos, cuando un nuevo movimiento de los Mejicanos llamándole á nuevos combates, le hizo ver, que todos los cálculos de la prudencia, y del arte militar, pueden malograrse, ante la salvaje desesperacion de un pueblo, que de-fiend e á sus dioses y á sus hogares.

Cortés necesitaba algunos dias para arreglar sus preparativos de marcha, mas bien pronto se convenció de que toda dilacion seria mas provechosa á su enemigo que á si mismo. En todos los puntos levantaban los Mejicanos barricadas, rompian los caminos, y cortaban toda comunicacion con el continente. Pero él sin pérdida de tiempo hizo construir un puente móvil de vigas muy gruesas, y tablas espesas, con cuyo auxilio la artillería y los bagajes del ejército debian franquear las cortaduras. Hecho este trabajo reunió á sus oficiales en consejo, les espuso la situacion crítica en que se hallaban, y les anunció que se proponia emprender la marcha sin demora Cargáronse de oro y plata con una

alguna. Discutióse en seguida si la salida se emprenderia de dia ó de noche, y se decidió por lo último, con la esperanza de que las ideas supersticiosas de los Mejicanos los detendrian en la inaccion, despues de puesto el sol, prestando igualmente fe á las predicciones de un soldado llamado Botello que pasaba por hábil astrólogo, en cuya ciencia, segun el espíritu del tiempo, Cortés lo mismo que sus compañeros, fundaban cierta confianza. Este Botello prometió un resultado satisfactorio: aunque los antiguos militares temian una marcha nocturna en un terreno cortado, y en presencia de numerosos enemigos en acecho, esponiendo que no estaban en el caso de pasar los fosos sobre un puente tan pesado y poco trasportable, y que por lo mismo debian perecer, si se les atacaba seriamente. Bien pronto se reconoció que su esperiencia valia mas que las promesas del astrólogo.

La noche de 1.º de julie de 1520 fué la que se fijó para emprender la marcha. Algunas horas antes se habian enviado dos prisioneros al jefe enemigo, bajo la escusa de acelerar la conclusion de un tratado de suspension de armas, pero con el verdadero objeto de distraer su atencion y hacerle creer que se esperaba con tranquilidad su respuesta. Sin embargo no se perdia momento en preparar la retirada. Cortés por sus cuidados y precauciones parecia abrazarlo todo. Doscientos Españoles, veinte caballos, y los mejores soldados Tlascaleños componian la vanguardia, á las órdenes de Sandoval. La retaguardia mas numerosa, fué confiada á los oficiales venidos con Narvaez, tenian por jefes á Alvarado y á Velazquez de Leon. Cortés mandaba el centro en donde iba la artillería, los bagajes y los prisioneros, entre los cuales se notaban un hijo, y dos hijas de Mote. zuma y algunos señores mejicanos. Se habia hecho el reparto del tesoro del ejército. Cortés queria abandonar todo lo que no pertenecia al rey; pero los soldados no quisieron dejar sino aquello que no podian llevar. imprudente codicia, que luego costó la vida á mas de un valiente.

Era cerca de media noche cuando los Españoles salieron de sus cuarteles; marchaban con el mayor silencio á favor de la oscuridad, y de la lluvia, siguiendo el camino que conduce á Tlacopan, el menos desya á la primera cortadura sin ser inquietados, y la vanguardia habia mano que la sacase de él. Al mismo tiempo que esta division del cende su paso, hombres y caballos se alarmaron de pronto á los gritos salvajes y al ronco sonido de las trompetas mejicanas. Tambien estos habian aprovechado el tiempo: sin artillería, los bagajes, las municioser vistos habian seguido todos los nes, y el tesoro del ejército habian movimientos de los Españoles con caido en poder del enemigo, y este un disimulo de que nadie los hubiera creido capaces. Sus canoas cubrian el lago por ámbos costados del dique, y cuando vieron empeñados á sus enemigos, comenzaron el ataque, con tanto órden y union, y combinacion tan perfecta, que á un mismo tiempo partieron de todos los puntos las flechas y las piedras, lanzándose sobre las tropas de Cortés como un solo hombre. Estas agolpadas en un estrecho espacio, y entre las sombras de la noche, no podian, ni hacer uso de sus armas. ni emplear los recursos de su táctica que tanta superioridad les daba. Sus filas se cortaron, y la confusion fué horrorosa á la llegada de la retaguardia perseguida por otros cuerpos de Indios. Las tres divisiones españolas se veian separadas unas de otras, por la interposicion de las masas enemigas, y cada una de ellas sucumbia al gran peso de sus contrarios. Todos los habitantes de Méjico habian salido en persecucion de sus opresores, y se precipitaban sobre ellos como hombres ebrios de venganza que pagan en un dia toda la deuda de un antiguo encono. El

desórden se hizo jeneral, y si los Mejicanos hubieran tenido la precancion de hacer ocupar la cabeza del camino, ni un solo español se hubiera salvado. Las dos últimas cortaduras de esta calzada fueron en fin franqueadas por Cortés, seguido de un centenar de soldados y algucuidado de todos. Habian llegado nos caballos. Llegados á tierra firme formaron en batalla, y volvieron diferentes veces á la carga para facilipasado felizmente sobre el puente tar la retirada á sus desgraciados volante. Llegado el segundo turno compañeros. Pasaron en seguida á del centro, la artillería y los bagajes tomar posicion en Tlacopan, á donavanzaron lentamente sobre la pesa- de se les reunieron algunos Españoda maquina. El peso la hizo hundir les y un gran número de Tlascaleen el lodo, y no hubo esfuerzo hu- nos, que se habian salvado á nado y escondido en los campos. Vino el dia á poner en claro este espantoso tro mandada por Cortés se ocupaba desastre, y á mostrar la estension

de las pérdidas sufridas. Faltaban mas de doscientos Españoles, mas de mil Tlascaleños y todos los prisioneros mejicanos. La ejército tan debilitado ya antes de su salida, no era mas que un puñado de hombres desmoralizados, cubiertos de heridas, y jadeando de fatiga. El alma de Cortés estaba traspasada de dolor. Habia visto caer á sus valientes compañeros de armas; habia oido los dolorosos gritos de los Españoles prisioneros, arrastrados por los Mejicanos para ser sacrificados á los dioses. Un buen número de sus oficiales habia perecido. Sentia sobre todo la pérdida de uno de sus mayores amigos Velazquez de Leon. De este guerrero tan leal en su amistad que se le miraba como la segunda persona del ejército. Tan tristes recuerdos le arrancaron lágrimas de dolor. Sentado sobre una piedra lloró á la vista de tantos cadáveres, y un testimonio tan marcado de sensibilidad en corazon tan valiente, le hizo amar de los suyos, tanto, como su prudencia, destreza y valor le habian hecho siempre respetable.

Sin embargo, en este grande infortunio tuvo al menos el consuelo de verse rodeado de sus valientes capitanes Sandoval, Lugo, Olid, Ordaz

^{*} MÈJICO (Cuaderno 8).

Avila, y Alvarado que habian escapado de la muerte, sobre todo el último de un modo milagroso, franqueando de un salto la última brecha apoyado sobre su lanza. Junto á Cortés se veian tambien á Marina, Aguilar y al P. Olmedo, tan necesarios para atravesar el territorio de las naciones desconocidas ó sospechosas, y conciliarse los pueblos cuya asistencia iban á buscar. Aun hu- de Cortés pudiese retirarse, y en bo otra dicha que no se esperaba. Los Mejicanos le dieron un respiro porque al amanecer vieron entre los muertos sobre el campo de batalla de que quedaron dueños, un hijo y dos hijas de Motezuma, prisioneros que eran de los Españoles. Este espectáculo les heló de espanto. Temieron que dejando tan ilustres víctimas sin sepultura unirian á la impiedad el rejicidio, y el nuevo rey se vió obligado á asociarse al dolor público, y suspender las hostilidades, para dar la órden de los funerales que debian ejecutarse con todo el ceremonial puesto en uso para la familia real, y como en esta funcion emplearon un tiempo que debian á la salvacion de la patria, Cortés tuvo algunas horas de intervalo para reorganizar un poco los tristes restos de su corto ejército.

Tlacopan aunque muy poblado no era plaza á propósito para sostenerse. Cortés tomó posicion en una altura vecina, y se fortificó apresuradamente en un templo que dominaba todo este elevado punto. En esta ocasion dice él mismo, no teniamos un soldado de infantería que pudiese moverse, ni uno de caballería que pudiese estender el brazo. Los Mejicanos no les habian dejado ocupar este edificio, consagrado à la divinidad que presidia las mieses, sin perseguirlos vivamente. Les habian disputado el terreno palmo a palmo, y hecho esperimentar nuevas pérdidas. Inmenso fué su gozo al encontrar un abrigo en este recinto espacioso y flanqueado por torres, y el recuerdo de un tal asilo se conservó tan perfectamente en su memoria que despues de la conquista, hizo Cortés construir una capilla dedicada á la vírjen de los Reme- disminuian á ojos vistas; Cortés hi-

dios. Los enemigos despues de haber tentado inútilmente echarlos de él durante el dia, se retiraron segun el nso, á la entrada de la noche. Algunos Otomias que ocupaban dos aldeas vecinas, y á quienes pesaba so-bremanera el yugo de Méjico, llevaron algunas provisiones á estos infelices soldados hambrientos.

Tlascala era el solo punto en dondonde conservase la esperanza de hallar aliados fieles, y los socorros de todo jénero que le eran indispensable para continuar la guerra. Uno de los soldados de aquella nacion se ofreció á servirle de guia, y ningun tiempo debia desperdiciarse. Púsose Cortés en marcha á la media noche à pesar del deplorable estado de su jente, reservándose el mando de la retaguardia. Es necesario ver en su duodécima carta los combates que tuvo que sostener, fatigas que soportar, y dificultades que vencer en tan larga retirada, en la que para llegar al territorio de Tlascala, se veia forzado á costear el lago al oeste, de volver luego hácia el norte, y de dirijirse en seguida al este, marchando siempre por el centro de un pais insurreccionado, sin víveres y sin municiones. Jamás el valor y la perseverancia se habian puesto á tan terribles pruebas. En las cercanías de Zacamolco, ciudad considerable, fueron los Españoles tan vivamente atacados, que en un instante se vió la tierra cubierta de piedras y flechas. El jeneral recibió dos heridas en la cabeza, y varios soldados fueron asimismo heridos. Nos mataron tambien una yegua, (dice Cortés), pérdida que nos causó gran sentimiento, pues despues de Dios, fundabamos todas nuestras esperanzas en los caballos. Nos consolamos de esta pérdida comiéndonos hasta su piel, tambien careciamos de maiz cocido ó tostado. Los Tlascaleños se arrojaban al suelo y pacian la yerba de los campos, pidiendo lastimosamente à sus dioses, no les abandonasen.

Viendo que el enemigo aumentaba cada dia, y que los Españoles

to construir muletas para que los dopoderoso, y avanzad hácia el eneheridos pudiesen segnir la coluna, v defenderse en caso necesario. Esta precaucion cuya idea atribuye al Espiritu Santo, salvo, algunas horas despues, varios de los suyos.

Al dia siguiente continuaba su marcha por las montañas de Aztaquemecan, y al desembocar al anchuroso valle, en donde se elevaba entónces la ciudad india de Otompan descubrió al ejército enemigo desplegándose sobre un inmenso espacio, y aguardando su llegada dispuesto en órden de batalla. Solís asciende á doscientos mil hombres, esta multitud de Indios, reunion de todos los pueblos aliados de Méjico, que habitaban al norte y al este de los lagos. El cálculo de Solís es tan sumamente exajerado, que aun rebajando aquella masa de Indios á cincuenta mil hombres, puede creerse aumentado su verdadero número. Hacia ya dos ó tres dias que los Españoles oian á menudo repetir á los pequeños destacamentos enemigos que de cerca les perseguian : «Avanzad, miserables, venid á recibir la recompensa de vuestros crímenes.» Ahora habian conocido la esplicacion de esta frase misteriosa.

A la vista de este formidable ejército, desplegando sus inmensas alas para envolver las cortas fuerzas de Cortés, que en el deplorable estado en que se hallaban asemejaba mucho á un batallon de inválidos en marcha, los mas intrépidos no pudieron evitar un movimiento de temor. «Mirábamos este dia (dice el jeneral) como el último de nuestra vida, tan débiles estabamos, y tan lozanos y vigorosos se presentaban nuestros enemigos. Ellos llenos de ardor y de confianza: nosotros casi todos heridos, mnertos de hambre y de can-

sancio.»

Observando Cortés que habia alguna vacilacion en sus filas, levantó aquella voz formidable que ejercia tanto imperio sobre sus antiguos compañeros, y que tan bien sabia profetizar la victoria. « Amigos: llegó el momento de vencer ó morir. Castellanos; fuera toda debilidad. Fijad vuestra confianza en Dios To-

migo como valientes. » Los capitanes por su parte, no mostraron ni menos confianza, ni menos audacia. Los soldados respondieron con aclamaciones: todos invocaron á Jesucristo, á la Vírjen María, v al bienaventurado Santiago, y empezó la batalla. A los pocos instantes la accion se hizo jeneral. Cuatro horas continuas. Indios aliados de Méiico, Españoles y Tlascaleños se ba-tieron con igual encarnizamiento. Los primeros escitados por toda la enerjía que puede dar un sentimiento de venganza, y los segundos, por cuanto puede inspirar el honor militar, y la necesidad de salvarse de un gran peligro. Los Españoles rompieron varias veces las masas enemigas en las cuales hicieron una horrible carnicería. Los Indios sin amilanarse, reemplazaban en el acto las bajas de los muertos con nuevas tropas, y volvian á la carga. Este punado de héroes castellanos, disminuia por instantes y no podia reparar sus pérdidas. No estaba lejos la crisis de su entera desaparicion abrumado por el número: ya el desalienlo ganaba los mas aguerridos, cuando Cortés tomó una de aquellas resoluciones repentinas que deciden la suerte de las batallas. Recordó que los ejércitos mejicanos tomahan la fuga luego que veian caer á su jeneral, y se le tomaba el estandarte real. En el mismo momento reconoció al jeneral enemigo adornado con sus ricas insignias militares, llevando en el brazo un escudo de oro, y conducido en una especie de camilla por algunos de sus oficiales. El estandarte del imperio iba atado a su espalda, y se elebava unos dicz palmos sobre su cabeza. «Vamos hácia aquel hombre y acabemos con él ,» dijo Cortés á Šandoval , Avila, Olide, Alvarado, y á algunos otros jinetes que se hallaban á su inmediacion. Seguido al momento de estos valientes se adelanta con su caballo, golpea y derriba cuanto se le pone delante, se hace abrir claros por el centro de las masas, llega basta el jefe enemigo y lo derriba de una lanzada. En este mismo instante

Juan de Salamanca jinete intrépido echa pié á tierra, remata al mejicano, quitale su brillante penacho, se apodera del estandarte real, y lo presenta á Cortés quien apenas lo toma en sus manos el ejército enemigo, cuyas miradas se fijaban en aquella bandera, al ver que ya no existe, parece atacado de un terror repentino, y huye en todas direcciones, lanzando espantosos ahullidos. Los Españoles lo persiguen, y no se detienen hasta que se cansan de matar. Jamás hubo victoria mas completa, mas oportuna, y que produjese tan importantes resultados. Fué este el hecho mas brillante de armas que los Españoles dieron en el nuevo mundo. Cubriéronse de gloria, aunque regresaron todos heridos. Sandoval se distinguió entre los mas diestros y valientes capitanes. María de Estrada mujer de un soldado español hizo prodijios de valor. Los Tlascaleños pelearon como leones; casi todos perecieron. Cortés, por su brillante valor, los recursos de su jenio y su admirable serenidad, fué por un grito universal proclamado el héroe de esta memorable batalla.

El botin fué inmenso: los enemigos se habian adornado con todas sus ricas capas y mas hermosas armas; llevaban tambien sus mas brillantes plumas, con joyas de oro y piedras preciosas. Los Españoles pasaron la noche en el campo de batalla, en el que cantaron á coro un solemne Te Deum en accion de gracias por su salvacion. Al dia siguiente 8 de julio, siguiendo hácia el este, alcanzaron la muralla que separaba las tierras de Méjico de las de la república, y se detuvieron á algunas leguas de la capital. No dejaba de inquietarlos la recepcion que les aguardaba. Fuertes y poderosos en el año anterior pudo acaso el temor contribuir á la alianza que se habia estipulado con ellos. Hoy débiles, sin viveres, sin municiones, sin medios de defensa, todos heridos y estenuados de fatigas; la política y el interés no abogaban ya en su favor. No contaban con otros protectores que las virtudes de sus hués- íntimo, y jeneral del ejército. Al ódio

pedes. Los Tlascaleños bravos y fieles á la fe jurada, los acojieron como hermanos desgraciados. Los cuatro jefes de la república, y una diputacion de la nobleza salieron á recibirles hasta Huesjotlipan. Cortés, cumplimentado como si viniese vencedor, fué recibido tres dias despues en la capital con mas pompa magnificencia que cuando entró la vez primera. El presidente del senado Tlascaleño, aunque oprimido por la muerte de su hija compañera de Marina, que habia perecido en la noche fatal, se esforzó en consolar á Cortés, con la esperanza de un desquite pronto y completo. Las mujeres le suplicaban se preparase à vengar la muerte de sus hijos y maridos. Asegurósele que todas las fuerzas de la república se pondrian á sn disposicion, y cada dia el grito de guerra, y de muerte á los Mejicanos heria sus oidos. Los Españoles pudieron convencerse de que con el auxilio de un tal pueblo, la conquista de Méjico era segura. Cortés agradeció esta acojida, distribuyendo con mano liberal entre los principales de la república, todo el botin que habia hecho en Otompan, y el oro que habia traido de Méiico. Encargó á sus soldados conservasen la mejor armonía con los habitantes, conformándose á sus usos, tolerando sus preocupaciones y obrando en toda ocasion de manera que se cimentase mas y mas la buena intelijencia que reinaba entre las dos naciones. En medio de los regocijos que subsiguieron á su regreso, las últimas heridas recibidas, mal cuidadas le ocasionaron una calentura celebral que puso en peligro su vida. Asegúrase que debió su curacion á la habilidad de los médicos del pais. El interés que todos los Tlascaleños tomaron en su restablecimiento debió convencerle que todo podia esperarlo de su amistad.

Mientras los Españoles descansaban debajo el techo de sus fieles aliados; los Mejicanos se ocupaban en reparar sus pérdidas, y elejir un rey. Recayó la eleccion en Cuitlahatzin hermano de Motezuma su consejero suficiente para los electores, reunia este jóven príncipe, todas las demás necesarias para gobernar en las graves circunstancias en que se hallaba el pais. Se habia hecho conocer come jefe ó señor de Iztapalapan, por su gusto en las artes. Debíasele el palacio de aquella residencia, y los hermosos jardines que tanto encomian los historiadores nacionales. Su bravura era célebre. Mandaba en persona hácia los últimos dias de la ocupacion de Méjico, y habia dirijido todos los ataques, durante la terrible noche de desolacion. En cuanto subió al trono fijó su conato en volver á aquella capital todo el esplendor que habia perdido. Hizo reconstruir las casas destruidas, los templos quemados, y reparar las antiguas fortificaciones, levantando otras nuevas. Dirijió un llamamiento á todas las provincias escitándolas á unirse á él contra los estrani ros. Elijió enviados, entre los principales señores de su corte con la mision de estimular el patríctismo de todos los pueblos aliados ó vasallos de la corona. Prometió hacer francos de tributos á los que combatiesen por la defensa comun, y procuró separar á Tlascala de la alianza con los Españoles, encargando esta tentativa á hombres consumados en tan dificiles negociaciones. Admitidos ante el senado, y regibidos con todas las consideraciones que estos pueblos concedian á los embajadores, los comisionados tituido del mando por órden del semejicanos rogaron á la venerable nado. Este rasgo de jenerosidad le asamblea, olvidase la antigua enemistad de ambas naciones, no seviese ya mas que el comun interés de todos los estados del Anahuac, á la par amenazados por los Españoles en su independencia potítica, en su culto relijioso, y en sus libertades. Propusieron en seguida una alianza ofensiva y defensiva, y últimamente concluyeron por el mas importante zaron la relijion católica. El P. Olobjeto de su mision, suplicando á la república destruyesen á aquellos rante, y en estremo sagaz, negociaestranjeros enemigos de los dioses, dor de esta especie de conversiones, y de la patria, mientras estaban en los bautizó. Es probable que cierto su poder.

rechazada por la lealtad tlascaleña. guiesen el ejemplo de los jefes, y

que tenia à los estranjeros, cualidad Lo fué efectivamente, despues de alguna oposicion por parte de unos cuantos senadores mas previsores que los otros sobre los futuros destinos de su patria. Entre estos Xicotencatl este jóven jeneral vencido por Cortés, se mostró el mas acerrimo partidario de la política mejicana y el mas ardiente adversario de los Españoles. Habia adivinado sus intenciones; los habia pintado pérfidos, empleando una parte del Anahuac en poner el yugo á la otra, y reservando á sus aliados, despues de su victoria, igual suerte á la de los vencidos. Los partidarios de los Españoles á cuya cabeza se hallaba el viejo Maxixcatzin, trataron al jóven profeta como á verdadero sedicioso: lo echaron de la asamblea como traidor á su patria, é iban á llamar á los embajadores para manifestarles la negativa del senado cuando supieron que habian dejado la ciudad secretamente, temiendo la cólera del pueblo, que va murmuraba viendo méjicanos dentro de sus muros. Los senadores se esforzaron en ocultar á los Españoles el objeto de esta embajada y la discusion que sobre ella se habia sucitado; pero no lo ignoró-Cortés, quien redobló de atenciones para con sus partidarios, y de agasajos á sus adversarios, para atraerse mas y mas á los primeros y triunfar de la aversion de los segundos. Pidió por lo mismo, y obtuvo gracia para Xicotencatl puesto en prision y desprodujo una completa aura popular.

No contento el senado con darle tantas pruebas de deferencia y amistad de su propio impulso prestó juramento de obediencia al rey de España, lo que fué para las ideas de Cortés un hermoso triunfo, los cuatro jefes de la república, renunciaron al culto de les ídolos, y abramedo, relijioso humano, muy tolenúmero de cortesanos, empleados Semejante proposicion debia ser de gobierno, y varios habitantes sipuede suponerse que el culto cristia- cimientos de Méjico, no eran de nano, amoldandose à las antiguas ideas relijiosas del pais, hizo desde aquel momento algunos progresos en aquella parte del Anahuac.

Restablecido Cortés de su enfermedad, y curado de sus heridas, no cesaba de pensar en los medios de volver á emprender la ofensiva, y proseguir sus proyectos de conquista. Su posicion menos halagüeña sin duda que á su salida de Tlascala, nada tenia sin embargo de crítico. La colonia de Vera-Cruz estaba intacta, y aun en aumento de prosperidad. Los Chempoalenses permanecian fieles. La adhesion de los de Tlascala era ilimitada. Tenia todavia á sus órdenes un cuerpo de Españoles tan numeroso, como el que mandaba á su primera salida para Méjico. Conocia mejor el pais, y los reveses sufridos le habian alecionado, y hecho entender que para apoderarse de Méjico, era antes preciso ensenorearse de los lagos. Le era pues necesaria una escuadrilla de barcos sallos de la corona de España. Pero en las montañas vecinas la madera hierro, mástiles, y todos los aparejos de los buques que se habian echado á fondo, sacó de aquellos mismos almacenes algunas municiones, y dos ó tres piezas de campaña. Puso cuatro buques de la espedicion de Narvaez à disposicion de algunos oficiales de su confianza, y les encar-Jamaica á reclutar jente, comprar caballos, pólvora y armas de guerra.

A la vista de estos preparativos que anunciaban nuevas fatigas que padecer, y nuevos peligros que arriesgar, el espíritu de sediccion y hacer la guerra. Los últimos aconte- dicen, á ciento cincuenta mil hom-

turaleza á inclinarles al estado militar, ni á infundirles pasion por las empresas aventureras. Toda la elocuencia de Cortés para retenerles fué inútil é insuficiente à desvanecer el temor de nuevos peligros. Nada pudo triunfar de una repugnancia cuya causa motriz era el espanto. Ruegos y regalos fueron inútiles, y los plantadores de Cuba no se tranquilizaron sino con la promesa de mandarlos á su isla, luego que la espedicion que Cortés iba à emprender contra la provincia de Tepejacac fuera terminada. Consintieron en ello, y aun se ofrecieron á hacer parte de ella, sabiendo que se trataba de vengar la muerte de algunos de ellos cobardemente asesinados por los Indios. Los jefes de esta provincia divididos en pequeños estados confederados, y vecina a Tlascala habian en un principio acojido á los Españoles con mucha benevolencia, y de su propia voluntad declarándose valijeros. Para el buen resultado de este el miedo que obró en ellos en aquenuevo plan de campaña hizo cortar llas circunstancias, los determinó despues á hacer lo mismo con los necesaria para la construccion de Mejicanos, viendo que la fortuna trece bergantines, que debian ser abandonaba á los Españoles. Matatrasportados en piezas separadas á ron algunos que llenos de confianza las orillas del lago, para unirlas y marchaban desde Tlascala á Veraarrojar al agua cuando fuese necesa- Cruz: ocuparon este camino como sario. Hizo venir de Vera-Cruz el enemigos y recibieron guarnicion mejicana. Necesario era castigarles por tal perfidia, y restablecer las comunicaciones. Iba Cortés á convidar á sus aliados para unirse á él, cuando le dijeron que el territorio de la república acababa de ser invadido por los Tepejacans. Los senadores fueron entónces quienes les suplicagó fuesen á Santo Domingo y á la ron tomase parte en sus intereses, y tuvo la buena suerte de conceder como una gracia, lo mismo que tenia intencion de solicita. Cuatrocientos veinte Españoles y seis mil arqueros Tlascaleños se pusieron en marcha bajo sus órdenes, mientras el jóven descontento estalló entre los soldados Xicotencatl reunia en los demás antiguos de Narvaez , la mayor par- pueblos de la república un numerote plantadores de Cuba, los que ha- so ejército de reserva. Huexotzinco bian ido á Nueva España solo para y Cholula aprontaron su continjente. fundar en ella una colonia y no para Toda esta reunion de Indios ascendia bres. Con tales fuerzas, el resultado de la campaña no era dudoso. En algunas semanas, y despues de diferentes combates los Tepajacans fueron derrotados. Todas las ciudades de su confederacion tomadas y saqueadas, sus habitantes reducidos á la esclavitud, marcados con un hierro ardiendo como las bestias de carga, y divididos entre los Españoles y sus aliados. Cortés hizo levantar en la capital de los Tepejecans algunas fortificaciones, y le dió el nombre de Segura de la frontera (*). Los Méjicanos que ocupaban algunas otras ciudades de esta parte del Anahuac en las que contaban muchos jefes tributarios, una de las cuales (Itzocan) mandaban un principe de la sangre real, fueron batidos en todos los encuentros, ya por Cortés en persona, ya por sus capitanes que operaban particularmente sobre toda la línea de comunicacion entre Tlascala y Vera-Cruz. Solamente en una de estas espediciones engañó la fortuna el valor de los Españoles: ochenta de ellos á las órdenes de Salcedo, encargados de apoderarse de Tochtepec grande villa situada sobreel rio Papaloapan, en donde los Mejicanos tenian guarnicion, fueron cojidos y todos perecieron, pero fue-ron bien vengados por otro destacamento á las órdenes de Ordaz y Dávila, la villa se tomó v se saqueó. Los Mejicanos fueron todos sacrificados y la sangre india corrió á torrentes, pero esta terrible venganza no devolvió á Cortés los ochenta adalides los cuales, en el estado en que se hallaba, hacian un gran vacío en sus filas.

Esta campaña de algunos meses tubo, sin embargo, felices resultados; volvió á los Españoles con su enerjía el convencimiento de su superioridad; acostumbró á los Tlascaleños á obrar de concierto con ellos, y á

familiarizarse con la disciplina y la táctica europea. Enriqueció su pais con los despojos de todos sus vecinos, vencidos; cimentó su alianza con las tropas de Cortés por el mas poderoso de todos los lazos, el interés. Les dis-puso á concederle cuanto exijia, seguros de que con el vencerian siempre, y la nueva estrella del caudillo apareció brillante. Llegáronle hombres con los cuales no contaba, y para un jeneral que apenas mandaba cuatrocientos soldados, doscientos valientes de refuerzo no son de ínfimo valor. Los obtuvo de aquellos mismos que le querian mal, y conspiraban á su perdicion. El gobernador de Cuba convencide de los adelantos de Narvaez, le mandó cien hombres y algunas municiones de guerra. Los dos pequeños barcos que los conducian se presentaron en el surjidero de Vera-Cruz como en un puesto amigo; el oficial que allí mandaba en nombre de Cortés, no le costó trabajo apoderarse de ellos v determinar soldados y marineros a unirse à la suerte de su jeneral. Algun tiempo despues otros tres buques mayores que aquellos llegaron al mismo punto, y se dejaron cojer del mismo modo. Estos hacian parte de una flotilla armada por Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, destinada á repartir, en la Nueva España las tierras conquistadas. Habian sido impelidos al Norte del golfo por los vientos contrarios, y el hambre les obligó á buscar víveres en el puerto de su enemigo. Lo mismo que los primeros, dejaron el servicio del jefe con quien se habian empeñado, y se entregaron á Cortés. Aun llegaron otros á aumentar sus filas, pues en el mismo puerto de Vera-Cruz entró en esta misma época un buque europeo cargado de municiones. Cortés compró todo este cargamento, pagándolo jenerosamente, y el equipaje, seducido por el oro que se le prodigaba, no quiso. jamás volver á la mar. Presentóse al ieneral en Tlascala, y ocioso es añadir que fué tan bien recibido como los demás. Por todos estos sucesos, el ejército de Cortés tuvo el aumento de ciento ochenta hombres y veinte

⁽t) Las ciudades entónces improvisadas en Méjico por los Españoles, no eran ordinariamente mas que un nombre nuevo dado á una antigua ciudad india en la cual se levantaba un fuerte en el que se colocaban algunos invalidos, ó se establecian cierto número de oficiales cíviles, y jueces. Desde mucho tiempo el nombre de Segura de la frontera está olvidado, y Tepejacac existe to-